

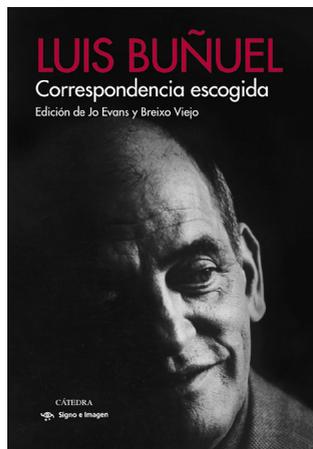
**LUIS BUÑUEL. CORRESPONDENCIA
ESCOGIDA**

Jo Evans y Breixo Viejo (eds.)

Madrid

Cátedra, 2018

789 páginas



En el marco de los estudios buñuelianos cabe distinguir diversas etapas según se atienda a su publicación en vida del cineasta o posterior, o bien se tenga en cuenta el predominio del planteamiento filmográfico, biográfico o crítico/interpretativo, pero, en lo que respecta al uso de fuentes documentales directas o primarias —y a salvo de la primera y fragmentaria sistematización de Aranda (1969-1970) y de *El enigma sin fin* (1988) de Sánchez Vidal—, hay que contemplar de entrada varios hitos fundamentales: en el año final de su vida, la publicación de sus memorias autorizadas, *Mi último suspiro*, y, después de su muerte, las conversaciones con Max Aub (1985) junto a las habidas con José de la Colina y Tomás Pérez Turrent (1986).

A partir de ese momento comienza su promoción a la categoría de «santo laico» por parte de la intelectualidad progresista española y erigido en símbolo cultural de la España peregrina «recuperada», proceso que culminaría con la gran

exposición *¿Buñuel! La mirada del siglo*, en Bonn (1994), Madrid (1996) y México (1997), que contribuyó definitivamente a consagrar el mito a un nivel multitudinario y universal. Una consagración que, dada la cercanía del centenario, no hizo sino acentuarse aún más, pues la pluralidad de acercamientos y de interpretaciones en torno a los años 1999-2001 en los múltiples congresos que se organizaron, expandieron los perfiles de su figura y de su obra, pero no añadieron nada nuevo a su conocimiento y sí mucho a la propia delectación en el método del crítico, estudioso o profesor de turno.

Habrà que esperar al año 2009, con los libros de Román Gubern y Paul Hammond —*Los años rojos de Buñuel*— y de Fernando Gabriel Martín —*El ermitaño errante*— para que se inicie una nueva etapa de regreso a las fuentes, con la recuperación del documento y de la investigación archivística, a fin de llenar los dos huecos más importantes de su trayectoria, los años treinta y cuarenta. Dentro de esa línea de reivindicación de la historia bien «documentada» hay que situar la biografía de Ian Gibson —*La forja de un cineasta universal* (2013)—, a partir de la cual se dio carpetazo biográfico a los treinta y ocho primeros años de su vida. En esa estela cabe situar nuestro *Luis Buñuel en su archivo. De Los olvidados a Viridiana* (2015), donde hay abundantes páginas dedicadas a reseñar y resumir el contenido de muchas cartas, y el volumen que ahora nos ocupa, dedicado a la documentación epistolar.

Tienen razón los autores cuando hablan de la escasez de documentación epistolar existente en directores de cine —circunscritos por ahora a directores clásicos como Pasolini, Truffaut, Renoir, Rocha o Kazan— y del supuesto carácter ágrafo de Buñuel, una pose, a nuestro entender, muy característica suya para disfrazar cierto desdén o desgana hacia el acto de escribir, que, según se demuestra en este volumen, distaba mucho de ser una realidad. Por encima de todo, Buñuel era un preclaro representante de una cultura lectora, libresca y literaria y, por lo tanto, imposible de

agrafismo, una actitud aún más difícil de creer si se tienen en cuenta su afición por los listados sobre cualquier temática, su admirable caligrafía jesuítica y su perfecta expresión ortográfico-gramatical a la hora de escribir.

La utilidad del presente volumen es incuestionable porque ofrece la posibilidad de ver reunido un acervo epistolar muy disperso —se contabilizan unos noventa archivos de procedencia y unas setenta publicaciones previas del material escogido—, pero dista mucho de ser exhaustivo. En mi opinión, en este tipo de cuestiones habría que intentar lograr el máximo de información posible, aspecto este en el que el trabajo encomiable de Evans y Viejo queda a mitad de camino. Entre el *todo* publicable y la *nada* publicada, los editores se han situado en un «justo medio» cuantitativo que en lo cualitativo se ciñe a un muestrario multiforme que en ocasiones no aporta nada sustancioso al contenido informativo-demostrativo que todo documento —derivado del término *docere*— requiere y que más bien dispersa la relación ineludible entre emisor y receptor. Me refiero a ese otro material escrito, tal como dedicatorias autógrafas en libros y fotografías, notas, invitaciones, tarjetas postales, *neumáticas* o telegramas, que hubiera quedado mejor en capítulos aparte o bien simplemente silenciado. De igual manera, hubiera sido más congruente no incorporar cartas de amigos, colaboradores, colegas, familiares, etc., si no era posible obtener un ciclo completo de la *correspondencia* —un concepto que implica *sensu strictu* el proceso continuado de emisión-recepción— y dejar el corpus documental circunscrito exclusivamente a las cartas *escritas por* Buñuel. Igualmente, partiendo de la base de que la publicación responde a una ayuda a la investigación proporcionada por The Leverhulme Trust de Londres con un límite de tres años —lo que explicaría, a mi entender, ese resultado final «selecto» y de «tipología plural»—, conviene realizar algunas precisiones respecto al carácter de «inéditas» que atribuyen a algunas de ellas y que nos hablan de un cierto apresuramiento a la hora de su selección,

estudio y cotejo. Así, por ejemplo, la famosa carta del 6 de mayo de 1932 dirigida a André Breton por la que Buñuel se separaba del grupo surrealista fue publicada y comentada por nosotros por primera vez en español en el año 2000, en el número especial que *El Cultural* (13-19 de febrero, pp. 6-7) dedicó al cineasta con motivo de su centenario y no en el libro *Los años rojos de Buñuel*, de 2009 (p. 171); igual sucede con otra carta de André Breton del 27 de diciembre de 1934 (p. 195, donde no aparece publicación previa) y que fue publicada en el artículo «Breton, *La edad de oro* y Tenerife», en el número 5-6 de la revista *El Maquinista de la Generación*; otro tanto cabría decir de las cartas cruzadas con Ricardo Urgoiti publicadas en diversos textos como *Buñuel. New Readings* (Isabel Santaolalla, Peter William Evans, eds., 2004, BFI), «Luis Buñuel en Estados Unidos» (Javier Herrera, *Nuevo Texto Crítico*, 2004, vol. 17, n.º 1) o «Buñuel rumbo a México. Iluminaciones de una correspondencia inédita con Ricardo Urgoiti» (*Antropología. Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 2005, n.º 79).

También podríamos citar la carta a José Francisco Aranda del 6 de julio de 1959 (pp. 406-407), publicada en la mítica revista malagueña *Litoral*, y así podríamos seguir con las de Octavio Paz a propósito de *Los olvidados* (pp. 328-330, 332-333), publicadas en el número 37 de *Archivos de la Filmoteca* (2001), seis años antes que la consignada monografía del Instituto de Estudios Turolenses; la también conocida de Cortázar (pp. 460-461), publicada también en *Litoral* en el número 236 (2003); igualmente, con las de Carlos Fuentes publicadas en *Luis Buñuel o la mirada de la Medusa* (Fundación Banco de Santander, 2017, pp. 141-174), y de Jean-Claude Carrière, dadas a conocer en 2018 en el número 125-126 de la revista *Turia* (pp. 333-346) con el título «Una contribución al epistolario de Luis Buñuel. Algunas cartas a Jean Claude Carrière sobre *Belle de jour* y el proyecto sobre *Las bombas de Palomares*».

Todo lo cual —podrían aducirse otros ejemplos, pero me he limitado a los más cercanos— no em-

pañá en modo alguno el logro alcanzado, antes, al contrario, debe estimular a sus autores a ampliar el abanico de publicaciones hacia otros campos culturales, artísticos y literarios y no tanto específicamente cinematográficos, pues la obra de Buñuel ha trascendido ya lo disciplinar para convertirse en interdisciplinar, intermedial e intertextual y, por lo tanto, universalmente abarcable. Aunque, por desgracia, una cosa es también cierta y resumo a modo de pregunta: a medida que los medios tecnológicos avancen en el terreno de la documentación digital ¿serán necesarios estos hermosos volúmenes que responden a una cultura editorial analógica y a una consulta restringida a la tradicional sala de consulta de una biblioteca especializada? ¿a qué obedece tamaña inversión? ¿no va siendo hora ya de que los proyectos de investigación en este terreno vayan de acuerdo con propuestas abiertas, participativas, menos autorales, en aras de un objetivo integral acorde con los tiempos actuales?

Buñuel ya no es patrimonio de nadie, es de todos, con todo lo bueno y lo malo que ello comporta. Si

mi querido Walter Benjamin viviera no dudo que abrazaría esa inmersión de Buñuel en un proyecto más amplio dentro del campo, por ejemplo, de las Humanidades Digitales contemporáneas que abarcara su producción epistolar como un elemento más de su pertenencia a la cultura universal en tiempo y lugar inabarcables, y a buen seguro que habría un momento en que de esa manera nos aproximaríamos a la casi totalidad de su producción epistolar cotejada y certificada por especialistas de todo el mundo en cualquier esfera del saber. Y no dudo que hasta el propio Buñuel aceptaría dicha inmersión en el magma digital, tan dado como era al disfraz de su propio yo y a sumergirse en un cierto postureo auto-desmitificador; lo contrario, me temo, se trata de «cantos de cisne» nostálgicos por un mundo académico ya obsoleto y pertenecientes a la época de una cultura analógica igualmente obsoleta y por supuesto desfasada respecto al devenir del propio tiempo histórico.

Javier Herrera